

Doctor Mario Alberto Rodríguez  
Director del Instituto Nacional Politécnico,  
autoridades y maestros de la institución  
compañeras y compañeros:

En una de sus célebres observaciones, dice Baltazar Gracián, el más sagaz y profundo de los preceptistas culteranos, que, para ser gran escritor u hombre bien, se necesita llevar a cabo tres acciones: antes que nada salir a la plaza pública y hablar con los vivos o séase con todo género de personas, nuestro contemporáneos.

Después de ello, enclaustrarse en una biblioteca y hablar o dialogar con los muertos o sea con los libros –protagonistas, hechos, ideas- en que encierra la humanidad la más preciada de sus riquezas.

Finalmente, pero solo después de haber cumplido con los dos propósitos precedentes, hablar consigo mismo. Este monólogo podrá devenir un soliloquio fecundo, renovador y hasta genial si se halla enriquecido por nuestro intercambio de pareceres con los vivos y los muertos.

Una feria del Libro tiene la virtud de propiciar el enlace armonioso de los “tres momentos” de Gracián. *Strictu sensu*, los libros que muestra y ofrece en venta toda la feria son una de las manifestaciones principales de la cultura; pero las diferentes disciplinas que, entrelazadas, integran el *corpus* de esta, poseen diferente conformación estructural y mantienen una suerte de vinculación específica con la historia. No todas las manifestaciones culturales están inscritas, como querría el optimismo iluminista de un Condorcet o de un Condillacm en la calzada real del mejoramiento sin límites. Aunque es un tema asaz controvertido, me atrevo a sostener que, en cierto sentido en el arte y sus diversas manifestaciones no hay en rigor progreso; existe, sí enriquecimiento, creatividad, genio; pero no se puede hablar de superación o desplazamiento: García Márquez o Vargas Llosa, pese a sus cualidades, no se hallan en un nivel de perfección más alto que Cervantes o Shakespeare. Y lo mismo ocurre con Picasso o Bacon si los comparamos con Rembrandt o Rubens. No

son ni superiores ni inferiores, son distintos, obras individuadas, mundos.

En el caso de la filosofía –ontología y epistemología- es dudoso asimismo que sea una disciplina cuya realización implique, en el correr de los tiempos, un perfeccionamiento incesante. La filosofía tradicional –desde el periodo romano hasta hoy- constituye una suerte de variaciones conceptuales que tienen como tema la filosofía griega. Por eso decía Whitehead que la filosofía occidental no era otra cosa que notas al pie de página de la filosofía griega. Y es que la filosofía se dedica siempre a escudriñar y escudriñar siempre lo mismo o casi.

Con la ciencia y la tecnología sucede algo distinto. En ellas predomina lo que Hegel llamaba *aufhebung* (negar conservando). En ambas puede haber errores, desorientaciones, extravíos; pero tarde o temprano, en lo que se ha dado en llamar “el camino infinito de la ciencia” y la técnica, se aprehende cognitivamente lo que es la cosa misma sin aditamentos extraños o se genera el instrumento idóneo para una práctica requerida.

En este sentido es dable de que el Instituto Politécnico Nacional, este importantísimo centro docente creado por el gran Lázaro Cárdenas, no sólo es, y ha sido, una palanca imprescindible para el desarrollo y la industrialización del país, sino que es también lo que me gustaría llamar “la casa de estudio del progreso” en el sentido aclarado con anterioridad.

¡Cómo no me voy a sentir entonces orgulloso en grado extremo por la premiación que me entrega ahora esta feria Internacional del Libro! Este hombre, ya muy mayor, que fue maestro prácticamente toda la vida, manifiesta aquí su más sincero agradecimiento por tan ínclita distinción.

Ciudad de México, a 30 de agosto de 2019.

DOCTOR ENRIQUE GONZALEZ ROJO ARTHUR